

Lance de Honor

Por Sergio AGUIRRE

ESTAS cosas del honor son complicadas, en la sociedad capitalista. No impiden a uno mudarse de la calle 17, del Vedado, para la Quinta Avenida del Reparto Miramar. Mas, obligan a saberse de memoria el código del marqués de Cabriñana. No obstaculizan el tierno escamoteo, durante cuatro años, de una recaudación pública que ascendió a unos mil millones de pesos. Pero hacen ineludible, a veces, situarse frente a otro duelista esgrimiendo un alfange airado o una cimitarra. El honor caballeresco, amigos, está lleno de recónditeces. Puede hundirse en el Desayuno Escolar como el carnicero en la res: con la manga al codo. Y, sin embargo, no debe tolerar que se roce al Tercer Piso ni con el pétalo de una rosa. Yo comprendo al doctor Grau San Martín. Comprendo su disgusto cuando supo que el representante Félix Martín había aludido, de modo asaz indelicado, a ciertos tributos mensuales que eran abonados fielmente, con solemnidad de rito, por José Manuel Alemán. Es verdad que una duda quedó flotando sobre el hemicycle de la Cámara. No pudo conocerse, a ciencia cierta, si ese impulso tributario de José Manuel—que coincidía con la traslación de la Luna alrededor de la Tierra—alcanzaba a los doscientos mil pesos o se ceñía, con austeridad, a unos simples cien mil guayacanes. Tampoco pudo fijarse si el trasiego suave se verificaba en días de cuarto creciente o de cuarto menguante, entre claridades de plenilunio o en penumbras de luna nueva. No importa. El doctor Grau sintió que la llamarada del honor le roía el espinazo. Y reclamó, a grandes voces, la sangre de su enemigo. Insurgió en él aquel espíritu pugnaz que hizo posible la Conquista; porque no es casual que las venas del ex profesor de Fisiología alberguen el mismo líquido rojo que siempre tenían presto los grandes capitanes de Carlos V. Hernán Cortés no habría permitido a Félix Martín tamaño desafuero. No es raro, que el doctor Grau olvidara el "pollito", escondiera el terciopelo de sus zetas y llevase su diestra al tahalí para castigar al congresista ortodoxo.

Así debe funcionar el honor: cual resorte automático. Bagatelas no cuentan en cosas que rozan el ancestro bravío. Quede para las dueñas el chismorreo infecundo. ¿Llevaba acaso José Manuel los cien mil pesos del tributo en maletín de piel de bisonte? No hace al caso. ¿Los trasladaba a Palacio en "jeep" miliciano que se atestaba con barras de oro? No interesa saberlo. ¿Ascendía por la escalerilla secreta, convoyado por hombres de la Revolución como Pablo García y López Lourido? Son indagaciones de policía. Lo que verdaderamente importa, lo que no tuvo en cuenta Félix Martín,

es que ese dinero quedaba en el territorio nacional. Era un producto del nacionalismo, del socialismo, del antimperialismo. Era el aceite indispensable para la antorcha. Era filo, contrafilo y punta de la Revolución. Lo que allí se verificaba, si queréis, era una recaudación subrepticia; pero cargada de acentos doctrinales, de innovaciones ideológicas, de mesianismo programático. Allí, en aquel rito de la entrega sin recibo, refulgía la Filosofía del Autenticismo. El doctor Grau cerraba piadosamente la ventana, para no dejar reseco el gznate a la estatua de Zayas. Y expresaba, con su elegancia indiscutida: "Está bien, José Manuel, está bien; no los cuentés." Abría su corola el proselitismo, florecía la confianza. Nada de esto me consta: nunca tuve acceso a Palacio. Pero creo que Félix Martín sabrá el detalle. Y me choca que no haya precisado los costados positivos de la operación.

El doctor Grau se ha ofendido: es natural. Hombre de remanso, propiciador de matrimonios múltiples en la capilla palatina, pudo pedir al Cardenal Arteaga la excomunión de su denostador. No ha querido hacerlo. Ha preferido ir derechamente a la vindicta por los caminos de la sangre. No sé, en verdad, si su religión le impide el duelo. Sé que ha designado dos padrinos y los ha remitido, con instrucciones espantables, a casa de su adversario. Ya empiezan a deslizarse rumores los que presumen de bien enterados. El duelo será a machete y yatagán, envenenados previamente con curare. Se encerrarán los enemigos acérrimos en un cuarto oscuro, en un calabozo lóbrego. La señal de ataque la dará el cañonazo de las nueve. Y los despojos sanguinolentos del vencido será arrojados por un estrecho ventanuco a los leones, llenos de criolledad centroamericana, que trajo Frío de Guatemala.

¿Debe la sociedad cubana permitir un destroz semejante? Entiendo que no. Bien está sonreír cuando se trata de duelos a pistola con carga de pólvora, con duelistas separados por quinientos pasos. Bien está desentenderse frente a duelos a sable, con un juez de campo que introduce su bastón si presume que puede ocurrir una desgracia. Pero en este caso, en que el torneo aparece envuelto por rojo velo de ferocidad, no caben escepticismos. Puedo admitir que Bilongo, personaje simbólico, matase a Mercé. Aquellos eran tiempos oscuros. Mas, lo que pareceme una crueldad sin nombre es que el doctor Grau sufra un percance que le impida disfrutar su casa de la Quinta Avenida. Y habrá percance si el duelo se realiza; no lo dudéis. Claro que no es forzoso que Grau salga derrotado, pero no negaréis que la lógica apunta contra él. Es hombre algo maduro, y tiene la musculatura resentida por cuatro años de digestión copiosa. Lleva las de perdo..

El honor es cosa complicada en la sociedad capitalista. Sin embargo, alguna fórmula tiene que haber para evitar un caño de sangre. Entiendo que cada cubano debe ir buscando, velozmente, una solución. Para predicar con el ejemplo, aporfo a mí. Propongo que el representante Félix Martín reduzca a cincuenta mil pesos la cifra del impuesto mensual que atribuyó a José Manuel Alemán. Y que proclame que era el Segundo Piso de Palacio, y no el Tercero, el sitio de la bursátil transacción. Así resplandecerá el correcto *modus operandi* que prevaleció en el pasado Gobierno. Y el pueblo de Cuba quedará tranquilo al saber que fué despojado con honor.

Hay, die 17/48